

## A lo que pueden dedicarse los deportistas cuando se jubilan



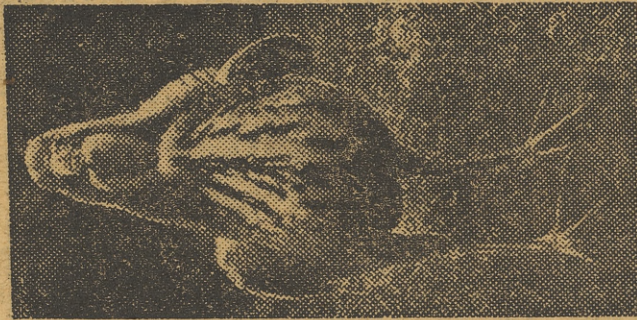
### ANIMALES EXTRAÑOS

## El ave toro

En Holanda y en las cuencas del Danubio y del Volga, había un ave zancuda a la que se da el nombre de ave toro, debido al mugido que lanza el macho por la noche en la época del apareamiento. Pero su grito natural no es éste, sino un graznido semejante al que emite el cuervo.

El ave toro, cuya fotografía publicamos, vive de noche. Es irascible, feroz, cazadora insaciable. De día duerme o permanece en extrañas posturas entre los cañaverales de las margenes de los lagos y pantanos, sus refugios favoritos, y por la noche, cuando las sombras le aseguran cierta impunidad, sale de caza.

Va siempre sola. Detesta la



compañía de otros animales, a los que ataca furiosamente, sin preocuparse de la categoría del enemigo. Con eso hace honor a su nombre de ave toro. Hay algo siniestro en su aspecto cuando se desliza en sus nocturnas y saltarinas correrías. Su pico agudo y curvado, sus ojos redondos, dilatados, punzantes; su torpe andar y su lento vuelo, constatación de una aparición inquietante para todo ser viviente que se cruce en su camino. Peces, ranas, aves y mamíferos pequeños son las víctimas más frecuentes de su glotonería; pero si no encuentran estos bocados favoritos, devorará otros animales mayores y más peludos.

Su tamaño es, aproximadamente, el de un vestruzo pequeño. En invierno emigra hacia el Sur de Europa y el Norte de África, y en algunos de estos países se le da caza para aprovechar su carne.



KARBONILLA.--Oye "Peque", ¿tú sabes lo que hace falta para encender una vela?  
EL PEQUE.--Pues hace falta que esté apagada.



# CHISTES

Perquito se va a la tienda a comprar arena de fregar, y dice:

—Deme un kilo de arena. Y el dependiente contesta: —No se pesa, que se mide. —Pues dame un metro.

**En edmenes de Historia Natural:**

Refréndose a la sangre, el profesor pregunta: —¿Cuál es el órgano principal de la circulación? —El guardia urbano. —Pepito Crespo, 13 años (Valencia).

**La portera:** —Dice una estiracista que por cada tres nacimientos hay uno en China. La vecina: —Bah, tonterías. Yo tengo siete hijos y ninguno no ha nacido en China. (Valencia). —Emilio Roca, 14 años (Valencia).

**Entre batutros:**

—Tengo una viña, mamá, que Dios me la conservo. Dónde aquí veo cómo corre una hormiga por la torre de la Seo. —¡Anda, qué! Lo muelas va hacer una hora que la escacho las pisás.

**El padre a su hijo:**

—Nunca creí que los estibas fueran tan caros. —Y menos mal, que yo soy de los que menos estudian. —Emilio Friso, 11 años (Valencia).

**Dos individuos están bebiendo en la taberna, y uno de ellos saca un reloj para mirar la hora.**

—¿Comol — exclama el otro. —¿Tienes reloj? —Sí. —¿Cuánto te ha costado? —Seis meses de cárcel. —Miguel López Alamo, 13 años. Valencia.

**Vicente Monchoff:** — Los dibujos son demasiado pequeños. Mandame otros un poco más grandes y seguiré mandando. —Tu dibujo está bien, pero no es bastante negro la tinta que has empleado. Haz algo con tinta china muy negra y mandame.

**Entre criados:**

—No lo entiendo. Toda la diablura es nueva y sólo está gastada en un sitio. —Lo comprendo: El sitio deteriorado es el que está delante del espejo de la señora. —José Yago. Valencia.



Leonor Santjuan. — 11 años Valencia.

—Hasta hoy he estado trabajando en el teatro; pero ahora me dedico al cine. —¿Hombr! ¿Al fin consiguiste ser artista? —No; soy apesentador. —Antonio Sabater Barques, 15 años. Valencia.

—Y tú ahora, ¿de qué cosas? —Pues de lo que los demás se quitan de la boca; soy dentista. —Antonio Sabater Barques, 15 años. Valencia.



María Rogrigo. — 10 años Valencia.

# ADIVINANZAS

**Otro parecee!**

plata no es. —¿Qué cosa es? —Solución: EL PLATANO. —Luisita del Pozo 7 años. Benimamet

**Bianca como la nieve, negra como la pez, habla y no tiene boca, y anda y no tiene pies.**

Solución: LA CARTA. —Jesus del Pozo 11 años. Benimamet

—¿Cuál es el santo más feble? —Solución: Santo Domingo. —Javier Hurráde 5 años. Castellón



Alberto Pitarola 10 años. Valencia.

**¿Qué le dijo?**

—¿Qué le dijo el estudiante al río? —Dichoso tú que sigues el curso sin salir del lecho. —Emilio Roca, 11 años Valencia

—¿Qué le dijo uno que se está ahogando a otro? —Nada. —Francisco Monchoff, 13 años Valencia

—¿Qué le dijo una cerilla al cigarro? —Por ti pierdo la cabeza. —Por ti pierdo la cabeza. —Francisco Monchoff, 13 años Valencia

—¿En qué se parece un tren rápido a un recién salido de la cárcel? —En que los dos son rexpresos. —Rostia Sendra 11 años

—¿En qué se parece un cerco de gitano a la Pascua? —En que los dos llevan mona. —Vicentia Luna Pérez 11 años. Valencia

—¿En qué se parece un cerco de gitano a la Pascua? —En que los dos llevan mona. —Vicentia Luna Pérez 11 años. Valencia

# Los hombres que vuelan

Por LUIS MOTTA

## PROLOGO

—Los globos dirigibles constituyen una solución interesante de la navegación aérea, pero presentan inconvenientes serios... Los aeroplanos, en cambio...

Así se expresaba Pierre Bonnard, miembro de la Sociedad Club Aerostático, y hasta entonces decidido partidario del «más ligero que el aire».

Así murmuraba, dirigiéndose al mismo tiempo hacia el Bosque de Bolonia, una fresca mañana de primavera.

Las victorias de Santos Dumont, Delagrange, H. Farman, Wright, Bleriot y especialmente las de Marchal, habían producido tal sensación, que el mundo entero no pensaba y no se ocupaba más que en las cosas relacionadas con la aviación.

Un Club de aviación fundado en París, después de serias discusiones experimentales, se había propuesto organizar un curso de aeroplanos y otras máquinas más o menos pesadas que el aire, con objeto de determinar de un modo definitivo ante el mundo la indudable y absoluta superioridad de los últimos medios de locomoción aérea.

El propósito era noble y grandioso. La proximidad de la fecha del concurso, reunía en París a las principales personalidades del mundo científico y del mundo deportivo. La salida se había fijado para el 1 de mayo, y los concursantes tendrían el vuelo al pie de la torre Eiffel; las máquinas aéreas después de cruzar Francia, debían encaminarse hacia Monte Carlo, y desde allí, delant la Florida (Riviera), atravesar el golfo de Liguria, tocar Livornia, Florencia, y llegar a Roma.

En cuatro días había que realizar tan singular y emocionante viaje.

La llegada a la antigua capital del mundo, se había designado para el día 4 de mayo, y el punto de parada en el preado de Castello, lugar muy elegante y cuya configuración prestaba a las mil maravillas para una asamblea de aquella clase de monstruos.

Por minutos aumentaba la fiebre en París durante los últimos días que precedían a la partida. Las principales casas constructoras de aparatos aéreos se apresuraban a reparar y construir máquinas de todas clases. Los hermanos Lebaudy habían expuesto un nuevo dirigible. Santos Dumont, Fermau, Delagrange, Marchal, Moreaux, Bleriot y otros, anunciaban que concurrirían con aeroplanos de distintas especies.

Los americanos Wright tomaban parte en la insensata apuesta con un aeroplano enorme, que pensaban montar ellos mismos.

Pierre Bonnard y un austriaco, Schultze, se habían inscrito como concursantes, pero no habían designado todavía la clase de sus aparatos.

Sin embargo, como ambos eran partidarios del más ligero que el aire, aun cuando nadie había visitado su laboratorio de Planau, que elevaba hacia el cielo azul su abastante mole, algunos aseguraban que se presentarían con sendos dirigibles.

—¿Cómo, pues, Pierre Bonnard, se rebajaba hasta reconocer implícitamente en la reflexión que le hemos sorprendido mientras marchaba hacia el bosque de Bolonia, la superioridad de las aeroplanos, es decir, de «los más pesados que el aire»?

Era raro, es verdad; pero quien hubiese conocido la vida íntima de Bonnard, no se hubiese asombrado.

Había hecho muchas tentativas sin que el éxito se hubiera dignado coronarlas.

La enorme superficie que presentaba al viento el cuerpo de su globo, le impedía más de una vez conseguir la victoria. Además, el clima ejercía gran influencia en las alas delicaditas de su máquina, y en el gas, muy sensible a las alteraciones atmosféricas.

Algo celoso y un poco envidioso, no pudo presentarse sin tabia, los primeros triunfos de H. Farman y de Wright, y más adelante la tremenda victoria del francés Marchal.

Bonnard era un hombre bajito y rechoncho, de cabello rojo, ojos grises, fríos y penetrantes.

Tenía un carácter brusco, casi salvaje; el mundo deportivo de París conocía sus desgraciadas conyugales.

Se había eclipsado después de su última ascensión. Afirmanaban unos que había marchado a Viena; otros decían que a Berlín; otros que le habían visto en Versalles; otros en fin, que lo habían encontrado en Planau, donde se aseguraba que poseía un magnífico taller.

Esta última suposición se vio robustecida por el testimonio de personas dignas de fe: un redactor de «Le Petit Parisien», que lo vio una mañana en París, le siguió hasta Planau y pudo comprobar la existencia del arsenal.

Pero ¿qué hacía en París? ¿Estaba subvencionado? ¿Era rico? ¿Le mantenía su Club en París sólo por su gloria y buen nombre?

La mañana que decimos, Bonnard, después de andar a la ventura cierto tiempo, se dirigió hacia los pasos tras solitarios y umbrios del bosque de Bolonia.

De pronto se detuvo. Delante de él, a pocos pasos, marchaba, rápidamente un hombre. Le miró un instante, le reconoció y principió a seguirle.

—¡Marchal! —murmuró casi sin despejar los labios y por sus ojos cruzó un rayo de odio y cólera verdaderamente terrible.

El francés iba a su cobertizo; llevaba traje de deportista; ágil, gallardo, de andar firme y resuelto, avanzaba a pasos rápidos.

Bonnard le seguía de cerca, procurando que el otro no le reconociese. Le siguió hasta las proximidades del cobertizo y se ocultó tras los árboles para esperar. Le vio entrar en el finagado y oyó el golpe que dió al cerrarse la puerta de hierro.

—Según parece—declaró—se presenta con un motor nuevo, y se asegura, que su nuevo descubrimiento causará una revolución en la ciencia. De modo que éste va a ser el futuro vencedor... Lo veremos...

Anochea: el cielo parecía de azul oscuro y el viento sopla con dulzura. En Jontananza se oían los ruidos del gran París, que silbando de la fatiga del día se abandonaba a la fiesta nocturna.

Bonnard, que desde que había comenzado a oscurecer, recorría los alrededores del lugar donde por la mañana dejó a Marchal, se aproximó al cobertizo; la construcción aplataba el océano de arbores que la rodeaban. Era imponente, desmesurada, y maciza como una fortaleza.

Bonnard miró detenidamente las ventanas y las puertas; luego dirigió sus miradas en torno suyo; no pasaba nadie a tales horas por lugar tan retirado.

Únicamente en la sombra aullaba un perro.

—¡La suerte está echada! —dijo a media voz—. Es preciso. ¡Vamos!

Se asió a un poyo, y subió hasta una ventana. Acomó la cabeza y escuchó algunos minutos.

—¡Nada!

Silencioso como una sombra, se dejó caer dentro del tinglado.

Aguardó unos instantes todavía, y, por fin, tranquilo del todo, encendió una linterna eléctrica.

Entonces se vio delante de un aparato que destacaba en la sombra su masa enorme.

Parecía un aparato gigantesco con las alas desplegadas; lo esencial del aparato consistía en una especie de caja, hecha con lienzo ligero, dispuesta de un modo que presentaba varios planos horizontales. Dos potentísimas hélices aparecían a proa y a popa.

Pierre Bonnard devoraba el monstruo con los ojos; se acercó en seguida al motor para examinar la forma, los entres, los cilindros y hasta los menores detalles; luego, contento de allegro, hizo intención de retirarse.

—¿Helicóptero o aeroplano? —se preguntó.

Y se aproximó más aún.

Vió que el aparato pertenecía a las dos especies; a los helicópteros, puesto que mediante una hélice podía elevarse en el aire, y mediante la otra, modificar su inclinación y dirigirse; a los aeroplanos, porque llegando a cierta altura, podía volar sobre las capras sin mover ninguna de sus alas, ni más ni menos que las aves.

Satisfecho de tan minuciosa investigación, iba a retirarse, cuando un ladrillo furioso le dejó petrificado, junto a la ventana que le servía de entrada.

Al mismo tiempo, se abrió la puerta del almacén y entró Marchal; su noble figura, se destacó de que la oscuridad era tan densa. El perro se detuvo un instante en el umbral y después se lanzó dentro del cobertizo, ladrando con furia.

El animalito fué quien condujo a su amo bajo la ventana por donde Bonnard había penetrado.

(Continuará.)



